

TEATRO

CULTURA

Dan Jemmett propone una visión audaz de Shakespeare

El director británico rescata 'Shake', su versión de 'Noche de Reyes'

AURORA INTXAUSTI, Madrid

El paso del tiempo obliga a hacer una revisión de casi todo y más si se trata de una obra de teatro creada en 2001 y que se retoca en 2017 con tres de los cinco intérpretes de la primera versión. "Todos hemos cumplido años y hemos vivido experiencias que nos llevan a hacer lecturas diferentes de las cosas. Hay un monólogo en la obra que precisamente habla de eso, del tiempo y de su paso por nuestra existencia", explica el director Dan Jemmett (Londres, 1967), en la capilla del Teatro La Abadía de Madrid. Esta noche lleva al escenario *Shake*, una versión libre sobre *Noche de Reyes*, de Shakespeare, que se representará hasta el 9 de abril.

Amor, destino y celos, de todo ello se habla en esta pieza en la que, tras una violenta tormenta, los gemelos Viola y Sebastián naufragan en la costa de Illyria en dos lugares diferentes. Los juegos de equívocos y el travestismo toman la escena para abordar una comedia absurda e inteligente. Una reflexión sobre la condición humana.

En *Shake*, cinco actores representan todos los personajes y cinco cabañas sirven para evocar una costa perdida e imaginada. Un triángulo amoroso se va enredando en esta comedia de los errores.

"Es representativa del espíritu del Renacimiento, el amor y el deseo, en continuo cambio, se confunde entre personajes que son hombres y son también mujeres", explica el director. Entre estos actores se encuentra el español Antonio Gil, quien también participó en esta obra y que vuelve a repetir con el británico en esta pieza, que ha sido programada dentro del Festival de Otoño a Primavera.

Jemmett comenzó su camino en un grupo experimental de teatro en Londres y, posteriormente, abandonó Inglaterra pa-



Dan Jemmett, ayer en el Teatro La Abadía de Madrid. / BERNARDO PÉREZ

ra dedicarse a trabajar la obra de Shakespeare. "Había que poner distancia para abarcar mejor mi propia cultura. Las obras que había leído desde niño me dieron seguridad y fueron inspiradoras para desarrollar mi trayectoria. Con el maestro de los maestros de la dramaturgia sentía la importancia de percibir el

placer de mi trabajo. A los 12 años interpreté *La comedia de los enredos*, a los 17 me regalaron una copia de *Hamlet* y a los 18, *Noche de Reyes*. Estaba predestinado a sopesar los límites que Shakespeare me ofrecía".

Hay mucho de Dan Jemmett en *Shake*, recuerdos de infancia y de adolescencia con la música

que suena en el escenario que evoca al tocadiscos para vinilos que tenía siendo joven. Cuando empezó a montar la obra fue a un mercadillo en París y compró un tocadiscos con 40 vinilos al azar. Pensó que entre ellos estaría la música de *Shake*. El resultado es Jeff Love y su orquesta, Mozart, Bach, Lou Reed y Percy Sledge. Todos ellos suenan a lo largo de las dos horas de representación teatral.

"A diferencia de las últimas obras de Shakespeare, aquí existe una especie de gracia, una celebración de la vida que nos devuelve a la inocencia de la infancia. El montaje me recordó a mi niñez, a las vacaciones que pasaba con mi padre en la década de 1950", puntualiza el director.

Al estilo antiguo

Cuenta que su padre fue actor y que creció en una atmósfera de teatro y entretenimiento al estilo antiguo. "A él le encantaba ver espectáculos de *stand-up comedy* en la televisión y observar a los titiriteros que montaban sus tenderetes en playas o embarcaderos para dejar embobados a los niños. Era un marxista y un bebedor, que había combatido en la Segunda Guerra Mundial. Puedo decir que era política y culturalmente irreverente".

En el lugar en el que se desarrolla la historia de *Shake*, el reino de Illyria, y en los personajes que se mueven en esta loca comedia están lo que el teatro representaba hace más de una década para este director británico. Ahora, Jemmett se encuentra en otra fase de creación teatral, escribiendo por primera vez un texto para llevarlo a escena. "Creo que siempre me había dado cierto respeto afrontar ese terreno creativo, pero me veo en un momento en el que hacerlo me divierte y me gusta".

No desea ni quiere que el teatro que sube a escena sea didáctico lo que le entusiasma es que el espectador se cuestione aspectos sobre la vida, se implique.

Con dos padres intérpretes parecía que su camino estaba predestinado al teatro y en el recorrido de su vida se encontró con la directora Irina Brook, hija del prestigioso dramaturgo Peter Brook, con quien se casó hace 20 años.

Gobiernos sin alma

SÉNECA

Autor: Antonio Gala. Dirección: Emilio Hernández. Intérpretes: Antonio Valero, Ignasi Vidal, Carmen Linares. Madrid. Teatro Valle-Inclán. Hasta el 14 de mayo.

JAVIER VALLEJO

Una meditación lúcida sobre el ejercicio del poder. Antonio Gala utiliza el Imperio romano para hablar del mundo contemporáneo: este drama de 1987 parece escrito ahora. Su discurso sobre la ambición de los gobernantes, la laxitud moral de sus asesores, la privatización de los bienes comunes, sigue sonando franco y alto. Emilio Hernández ha podado el texto y lo ha trufado de poemas del autor, musicados para acercarlo al público popular del Festival de Mérida.

A partir de una obra de ideas, su adaptador y director ha querido o se ha visto en la obligación de hacer un gran espectáculo: entre el humo de las termas, la grada que recuerda las escaleras de la revista española y lo ligero de la música grabada, esta puesta en escena de *Séneca* serviría mejor para *Jesucristo Superstar*. Por fortuna, no ahoga el discurso de Gala, que se va imponiendo al envoltorio.

La función se deja ver también gracias a la lograda actuación de Antonio Valero, que hace del filósofo un *raisonneur* pirandelliano. La canción flamenca que interpreta Carmen Linares y la que Carolina Yuste entona a capela entran en el drama mejor que las de corte pop. Diego Garrido (Nerón) y Esther Ortega (Agripina) tienen empaque, pero en vez de madre e hijo parecen hermanos, y coetáneos de Popea, soberanamente interpretada por Eva Rufo. Los pelucones que portan ambas actrices valdrán para Mérida, donde el público está lejos: aquí actúan en su contra. ¿Por qué no cantan con acompañamiento pianístico? Sobre música enlatada (más la mala acústica del Valle-Inclán), parece que el canto también estuviera grabado.

EL HOMBRE QUE FUE JUEVES

Marcos Ordóñez

Julia e Irene

Qué regalo esas sangres teatrales que no dejan de bullir y de seguir latiendo. Y de crecer, renovadas

Hará un par de semanas veía en el Poliorama barcelonés *Cartas de amor*, de A. R. Gurney, que se me escapó en su estreno madrileño, y donde brillan Julia Gutiérrez Caba y Miguel Rellán. Mejor no pueden servirse esos personajes que parecen dibujados por Scott Fitzgerald, condenados a adorarse y desencontrarse, que viajan desde la infancia a la vejez, y fue en el tramo adolescente donde brotó el palpito, el vertiginoso espejo: veía y escuchaba a la gran Julia encarnando a la veinteañera Melisa Gardner, y de pronto me pareció estar viendo y escuchando a su sobrina nieta, la no menos espléndida Irene Escolar.

¡Qué viajes más portentosos tiene el teatro! Escribo "Julia e Irene" y desde luego que muchos pensarán en la añorada Irene Gutiérrez Caba, porque ese, claro está, es el nexo manifiesto, y porque ambas tenían, a mi entender, una mirada esencialmente poética sobre la realidad, más sonriente en Julia, más melancólica en Irene, pero en el Poliorama viajé también hasta un mediodía

de verano, en el parador de Almagro: comía con Julia y con Irene Escolar, tía abuela y sobrina nieta, y las vi entonces y las veo ahora como si fueran madre e hija, o mejor, como hermanas en otro universo.

La otra noche repesqué *Nunca pasa nada*, del año 63, que para mí sigue siendo la mejor película de Bardem. Una coproducción, dos parejas: Antonio Casas y Julia Gutiérrez Caba, Jean-Pierre Cassel y Corinne Marchand. Los cuatro están estupendos, la mirada oscura de Casas, un actor hoy injustamente olvidado, como tantos otros; la rubia alegría prisionera de Marchand y un Cassel muy cercano a Manuel Galiana, pero no puedes quitar los ojos (búsquenla, hagan la prueba) del extraordinario trabajo de Julia Gutiérrez Caba: elegancia de rostro y de gestualidad, extrema delicadeza de sentimientos.

Me maravilló de nuevo la quietud de su pesadumbre en esa ciudad de provincias, su reflujo ante los poemas de Cassel, su desgarró y su fuerza cuando estalla, en

un *travelling* inolvidable, por el engaño de Casas y la hartura de todo.

Y volví a sentir el vínculo con Irene Escolar, el lado soñador y rebelde de ambas, los personajes semejantes: el amor que da lealtad a quien no lo merece en su admirable reina Juana en la serie *Isabel*, y la tarde de otoño en que sacudió levemente la hermosa cabeza y dijo "¡Cuánta soledad!" con una mezcla de pasmo y pena, apiadándose, comprensiva, ante una de tantas sinsorgadas dicha o puesta por escrito.

Mañana, Irene Escolar estrena en el Pavón Kamikaze, mano a mano con José Luis Torrijo, a las órdenes de Carlota Ferrer, el feroz y trágico *Blackbird* de David Harrower. Tengo muchas ganas de verla, y de poder repescar pronto su espectáculo sobre Lorca, que también nació en el Pavón, y sé que volveré a viajar, que la veré a ella, y en ella las improntas de Irene, de Julia, de Emilio. Qué regalo esas sangres que no dejan de bullir y de encontrarse, de seguir latiendo. Y de crecer, renovadas.